

otros, ni por los nuestros, al decreto propuesto en todo aquello contrario á Dios, á su santa palabra, á nuestra honrada conciencia, á la salud de las almas y al último Decreto de Espira.» En este párrafo, pues, quedó grabada la palabra protesta y fijo para siempre el dictado de Protestantismo en la nueva doctrina.

Como quiera que el archiduque Fernando no se habia de nuevo presentado en la Dieta, viéronse los príncipes protestantes precisados á presentarse ellos en el palacio archiducal con el meditado y altivo documento en las manos. El imperial delegado de su hermano Carlos V se negó á recibir el escrito; y cómo, á su vez, los príncipes se negaran á llevárselo, quedó sobre una mesa. La pertinacia de uno y otro lado fué tanta que el archiduque devolvió por mano de sus consejeros la protesta á los príncipes protestantes. Inútil expediente: escrita quedaba en el corazon y en la conciencia de los revolucionarios. En vano el férreo cetro del Imperio caía sobre ellos; estos grandes y abrumadores pesos no aplastan ni la conciencia ni la idea. Los príncipes protestantes y las ciudades anti-católicas se reunieron en la humilde casa de un pobre diácono de la Iglesia de San Juan de Espira, y fijaron y legalizaron el documento, en forma jurídica, por medio de un notario. Hecho esto, apelaban de las coacciones imperiales á la Iglesia universal. En sitio tan humilde se formuló definitivamente la revolucion religiosa. Existe indudable analogía entre la reunion de los diputados de Francia en el juego de pelota y la reunion de los príncipes y diputados alemanes en casa del diácono. Quizá esta reunion es la premisa y aquella la consecuencia.

CAPÍTULO VI

RECONCILIACION DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO.—TRASCENDENCIA DE ESTA RECONCILIACION AL MOVIMIENTO RELIGIOSO.—LA DIETA Y LA CONFESION DE AUGSBURGO

En el estío de 1529 brillaba el Emperador con brillo extraordinario. La paz de Cambrai acababa de entregarle completamente la posesion de Italia; y esta posesion, unida con el dominio sobre Alemania y sobre España, acababa de alzarle á verdadero árbitro de los destinos de Europa. Ningun enemigo podia contrastar su voluntad poderosísima; ningun obstáculo verdaderamente grave podia oponerse á sus planes políticos. Los movimientos de la España municipal quedaban completamente dominados; las huestes que en Italia le atajaron el camino de sus ambiciones, completamente rotas; los grandes generales franceses, que tantas veces le disputaran la victoria, como segados en los campos de batalla; su enemigo, Francisco I, se le rendía por completo, á cambio de la libertad de sus hijos, entregados en rehenes del pacto de Madrid nunca cumplido; resignábase Clemente VII á subrogar el Pontificado al Imperio; reconocíanle los reyes todos la suprema autoridad de César y entre los esplendores de tamaña fortuna, solamente una sombra le oscurecía el pensamiento y le embargaba el ánimo, la sombra espesa, en cuyo seno culebreaban tantos revolucionarios relámpagos, la sombra de la herejía en Alemania. Si algo le faltaba, el primero de los almirantes de su siglo, digno hijo de la tierra que viera nacer á Colon; digno sucesor de aquellos Laurias, que en otro tiempo dominaron los mares, verdaderos Neptunos del Mediterráneo; ese gigantesco marino, en quien se reunía el espíritu democrático de Génova con la distincion aristocrática de

Venecia, llamado por Dios á darnos el día mas glorioso quizás de nuestra historia, el día de Lepanto; habia cesado en su hostilidad al Emperador y convirtiéndose por completo en su amigo, dándole así el dominio de las aguas como ya tenia el dominio de la tierra y erigiéndolo en el soberano de todos los soberanos y en el dios de todos los dioses de aquel tiempo.

Era necesario verlo en tal momento para imaginar su grandeza. Una escuadra le conduce entre aclamaciones universales de las costas nuestras á las costas italianas; un ejército germánico le aguarda en las cercanías de Milan; un ejército abigarrado, pero puesto á las órdenes del príncipe de Orange, le espera en Aquila; envíanle diputados á su encuentro aquellos florentinos que habian hecho de su ciudad como un nido de inspiraciones inmortales; reconócenle por soberano Como y Pavía; págale su valiosa amistad Venecia con trescientos mil ducados de oro y con cien mil su perdon Ferrara; ríndele acatamiento el conde de Saboya confinado en las cimas de los Alpes y retribuido con el señorío de Asti; Nápoles y Sicilia se le someten cada día mas, merced á lo inútil de todas las maniobras pontificales; y para que nada falte á tantas grandezas, cae sobre Génova y su república la libertad de manos de esta especie de Dios omnipotente. ¡Cuántas veces, el viajero que se pasea por las costas ligúricas y por los espacios de su gran capital, se habrá detenido á contemplar el maravilloso palacio de los Dorias, en el recodo occidental del puerto, á la sombra de la alta torre del faro, á la orilla marmórea del Mediterráneo; con aquella escalinata incomparable, á cuyo pié anclan las mayores embarcaciones; con aquellos jardines increíbles, en que el mirto y azahar mezclan sus esencias al picante olor de las algas marinas; con aquellas galerías y estancias interminables, pintadas por Becaffume y otros grandes artistas; sitios predilectos de la poesía y del arte, por los cuales se ven aun vagar los caballeros españoles vestidos de sus ropillas deslumbrantes y los senadores genoveses envueltos en su túnica de brocados que contemplan á Génova al través de los mástiles cuyas largas líneas se mecen á empuje de las olas; y á través de los árboles cuyas ramas se entrelazan pintorescamente en aquellas colinas terminadas por monumentos que parecen armoniosos templos sobre teatrales promontorios!

Ahora bien, apenas Cárlos V pone el pié en Italia, siéntese caer una víc-

tima, cuya desgracia oprime el corazón y provoca lágrimas como la desgracia de Atenas en los campos de Queronea. Esta víctima es aquella república, que habia esmaltado la corona de Italia y traído al occidente el alma de Grecia, y puesto sobre sus pedestales antiguos las estatuas clásicas, y animado las tablas, los lienzos, las paredes con los íris y las figuras de sus pintores, y convertido los jardines donde los laureles crecen á porfía en academias platónicas ó en museos artísticos, y despertado el genio de Platon el divino ante cuyo busto de mármol pentélico ardian las lámparas como ante la efigie de Jesucristo: obra digna por todos conceptos de aquella ciudad de las grandes síntesis, que en su Renacimiento habia unido las dos mitades de la historia, en su concilio las dos Iglesias del Cristianismo, en su ciencia las dos grandes ideas de la revelacion y de la filosofía, como si fuese el oráculo de la antigüedad y el genio de los siglos pasados en medio de las sociedades modernas.

Cárlos V entrega Florencia inconsideradamente á la codicia de Clemente VII. Así este le constituye á él y á sus soldados en verdugos de la ciudad artística. Todos los ejércitos imperiales confluyen airados en torno de Florencia. La república no quiere que su muerte desdiga de su vida y se apercibe á defenderse con heroísmo y á ofrecer un holocausto inmortal á sus libertades espirantes. Aquel pueblo de artistas se convirtió en un pueblo de héroes. Nada mas fácil á estas naturalezas meridionales, tan abiertas á las emociones, que cambiar sus cinceles por espadas. Florencia no fué nunca república militar. Sus hijos cultivaban el comercio como los republicanos cartagineses ó el arte como los republicanos atenienses, pero no cultivaban ni la guerra continental como la república de Roma ni la guerra marítima como la república de Venecia. Y sin embargo, cuando el temor de perder sus libertades históricas les empeñara con tanto interés en la guerra, llegó aquel pueblo á convertirse en pueblo de soldados y á obtener una firme organizacion militar. Nada mas consolador que los gremios de trabajadores pacíficos trocados en compañías activas de numerosa gente armada. Nada mas sublime que ver á quiénes levantarán los palacios aéreos, las torres ligeras, las rotondas armoniosas, los campaniles marmóreos, levantando como ásperos militares las ceñudas fortalezas y las inexpugnables murallas. Clemente VII, en su afán de dominacion, mandó contra su hermosa patria las mismas tropas

cumplidoras del saco de Roma y el mismo general que le impusiera á él pesado y deshonoroso cautiverio. Pero, si la familia de los tiranos dió este implacable y desnaturalizado Papa, la familia de los trabajadores dió á Ferrucci, quien deberá llamarse el último de los florentinos como Philopoemen se llamó el último de los griegos. Sucumbió, como todos aquellos que defienden una causa sobre la cual pesa la suerte adversa con sus incontrastables decretos, pero sucumbió gloriosamente, y en algunas horas, como aquella solemne, en que mató al príncipe de Orange y dispersó sus gentes, hubiérase dicho con razon que habia sojuzgado al destino. No hubo, sin embargo, remedio. Los imperiales entraron el 12 de agosto de 1530, aunque bajo promesa de amnistía; y la república florentina murió sacrificada por un Papa infame y parricida. Pudieron el Pontificado y el Imperio ya entenderse y abrazarse gozosamente sobre el cadáver de esta hermosa Ifigenia, sacrificada en aras de insaciables ambiciones; pero se disipó en los aires la nota melodiosa de un arpa que habia encantado con sus arpegios los oídos de la humanidad; se cayó de su pedestal una diosa que habia revelado á los mortales en sus miserias los celestes secretos del arte; se extinguió un oráculo que habia encendido en la conciencia humana el fuego de lo ideal; se perdió para la tierra entera una escuela de donde habian salido los primeros pensadores y los primeros artistas del Renacimiento. Desde que la república muere, el alma de Florencia se extingue, cual si hubiera estado unida indisolublemente á esa forma de gobierno. Ya no se verá pasear por sus calles la tétrica figura que lleva en su corazón el infierno de la Edad media y en su frente la epopeya del Catolicismo; ya no trazarán sus pastores aquellas líneas que trazaba el Giotto en los arenales del Arno y de las que surgia todo el dibujo moderno; ya no elevará Donnatello aquellas estatuas que glorificaban la forma humana y decian cómo la regeneracion material del hombre acababa de cumplirse; sobre sus puertas de bronce no volverán á modelarse guirnalda como las tejidas por el punzon de Ghiberti; sobre sus austeras iglesias no volverán á erigirse rotondas como la sublime rotonda de Santa María de las Flores; ninguno de sus monjes predicará como Savonarola, y ninguno pintará como Fra Angélico; los viandantes no encontrarán jamás en las esquinas y en las logias aquel jóven llamado Rafael, que escudriñe con sus profundos ojos

los secretos de las formas plásticas; la última grande alma, que pasará por sus horizontes, será el alma de Galileo perseguido, y la última grande obra que honre sus espacios, será el sarcófago donde el titan Buonarotti ha reunido los buhos, los sepulcros, las estatuas yacentes, la noche triste, la muerte eterna, todo lo que simboliza el duelo de la libertad y el vencimiento de la patria.

Cárlos V y Clemente VII han sellado su pacto de alianza en Bolonia, donde se verifica la coronacion imperial. En la iglesia de San Petronio, empezada allá por el siglo décimocuarto y jamás concluida, inmensa fábrica, no obstante su interrupcion secular; en aquel edificio, adornado por esculturas de Jacobo de la Quercia, con frescos de Francia, con vidrieras de Miguel Angel, celebrábase la ceremonia espléndida de la coronacion de Cárlos V. Un puente, con grande magnificencia adornado, conducia desde el palacio á la iglesia; potentados de los primeros pueblos del mundo y patriarcas de las primeras basílicas circuian á los dos mayores astros de la cristiandad como un cortejo de estrellas; soberanos de corona en la frente conducian los símbolos de la imperial autoridad, el marqués de Monferrato el cetro, el duque de Urbino la espada, el duque de Saboya la corona, el conde Palatino el globo; y detrás de ellos el Emperador, vestido á la manera de Cárlo-Magno, rodeado de su consejo imperial, sostenido por dos cardenales, que se dirigen hácia el altar mayor, donde le revisten de los trajes eclesiásticos y le obligan á ayudar la misa que dice el Papa como cualquier otro diácono y á comulgar de rodillas como cualquier otro católico; hasta que, llegado el momento supremo de aquella teatral escena, preséntanle el manto de Constantinopla recamado de brillantes, úngenle la frente con el óleo sagrado, entréganle la espada desnuda y los demás adminículos de su autoridad, cíenle aquella diadema ilustrada por tantos césares ilustres, fuérzanle á besar la sandalia pontificia y á sentarse en silla mucho mas baja que la del jefe espiritual de los católicos, y concluyen por aclamarle defensor de la fe tradicional entre los gritos de los heraldos, los ecos de las músicas, los repiques de las campanas, los estruendos de los cañones y los gritos de la alegría universal. Pero ¡ah! qué diferencia entre aquella noche de Navidad del año 800, en que Cárlo-Magno sellaba por medio de una ceremonia, semejante á esta ceremonia, el